

MIGUEL SÁENZ

Conversaciones

Edición de Alberto Rivas Yanes



MIGUEL SÁENZ, EL MAESTRO
DE LA TRADUCCIÓN EN ESPAÑOL



Conversaciones

Miguel Sáenz

Conversaciones

en
sayos

Prólogo de Juan Cruz Ruiz

Edición y postfacio
de Alberto Rivas Yanes



Primera edición: noviembre de 2025

© Miguel Sáenz, 2025

© del prólogo: Juan Cruz Ruiz, 2025

© del postfacio: Alberto Rivas Yanes 2025

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2025

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: DN

ISBN: 979-13-990383-5-4

Dep. Legal: M-22261-2025

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: Damero bendito, © Editorial Funambulista, 2025

@ de las fotos de interiores: todas las fotos han sido cedidas por

Miguel Sáenz y Grita Loeb sack

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Conversaciones

LA ALEGRÍA DE ENCONTRARSE CON GRITA... Y CON MIGUEL
(prólogo)

ES MUCHO MÁS QUE UNA PAREJA, es una alegría. Con Grita y con Miguel no hay separación posible: aunque cada uno vaya por su lado, ella traduciendo lo que dice el mundo, él traduciendo también ese galimatías, pero sobre todo pasando al español a Faulkner o a Grass, su voz es común y es, sobre todo, un himno a la alegría.

Reciben en su casa, o donde fuera, a sus amigos, y estos no tienen que improvisar conversación alguna: nada más entrar en esa casa, o donde ellos estén, se puede tener la seguridad de que, de aquello de lo que se vaya a hablar, de literatura, de la vida mundial, del mundo de la traducción, de cualquier cosa, ya ellos lo saben, ya lo han discutido entre ellos, ya lo leyeron, por ejemplo, en los periódicos alemanes.

Todo, lo que digan y también los silencios, forma parte de su inteligencia, la que cultivaron por el mundo desde que se conocieron. Esa casa, donde siempre siento que hay pájaros pintores o hermosos perros, es la misma siempre, tan acogedora, tan abierta; ahí domina un silencio que siempre me pareció, sobre todo, el espejo del alma de ambos: nada de lo que dicen, o de lo que escuchan, es simplemente parte de una conversación.

Lo que dicen, y lo que hacen decir, viene del silencio de la inteligencia, no del ruido de los que convierten la conversación en batiburrillo. Este libro que ahora tienen ustedes entre manos es una expresión mayor, más potente, de todo lo que yo les pueda decir acerca de su carácter y de su sentido de la amistad y de la vida: esa conversación que los dos mantienen sobre Günter Grass (que pudo haber sido con Julio Cortázar o con William Faulkner, o con Picasso, si se hubiera dado la oportunidad) es un monumento a la inteligencia de hablar.

Esa palabra, *hablar*, es un rasgo que los distingue: la conversación es su talismán, la adornan, muchas veces, con comidas o copas, en la casa o en los restaurantes, pero es sobre todo su modo de estar mirando a ver si ellos también deben aportar lo que saben. Así que cuando los demás han dejado de decir lo que les venga en gana, estos dos anglosajones de la vida explican sus propias experiencias.

Lo dicen como si no lo estuvieran diciendo, partiendo de una muy propia, muy de los dos, manera de explicar: como si acabaran de saberlo. Un día, cuando estaba terminando Günter Grass de ensamblar su libro mayor, *Pelando la cebolla*, nos llevaron, a mí y a Pilar, la amiga de ambos, mi mujer, a pasar un rato con ese autor que fue su gran amigo, y el de Grita.

Fue un rato extraordinario. Grass estaba tan feliz con su libro, el que luego le daría tanta tristeza, como Miguel con su traducción. Lo fuimos a celebrar al rato con un amigo común, Jaime Salinas, que fue quien, con Alfaguara, hizo de las traducciones de Miguel Sáenz un éxito principal de la editorial.

Allí estaban Grass, su mujer Ute, la pareja de Grita y la propia Grita, Jaime viviendo un rato histórico, bellissimo, porque ellos representaban, representan, una etapa impresionante de la era editorial que ellos vivieron.

Un día de aquellos en que coincidían las parejas, no recuerdo si fue antes o después de *Pelando la cebolla*, Grita y Miguel llevaron a Grass a la casa tan tranquila en que habita el matrimonio. Allí los vi brindar por una idea que los hizo felices a todos: Miguel Sáenz iba a traducir al español *El tambor de hojalata*, que había nacido en Alfaguara con una traducción precedente.

Ahora, cuando voy a ver a Grita y a Miguel, miro, tras el rostro tan nítido de esta mujer bellísima, la fotografía que

recuerda aquel instante. Todos reían, y Grass reía como solía, como un niño. Ver ahora, en este libro, cómo charla el matrimonio acerca de aquel gran amigo inolvidable, me lleva al calor de su casa, que es el calor, y el aire, de la amistad.

JUAN CRUZ RUIZ

CONVERSACIONES CON MIGUEL SÁENZ

Estas Conversaciones están compuestas por una selección de pasajes de entrevistas a Miguel Sáenz publicadas en distintos medios; en la selección se han incluido también partes de un artículo firmado por él sobre su trayectoria de traductor literario. En las páginas 225-229 se ofrecen las referencias de publicación de los textos utilizados. Antes de cada fragmento seleccionado se indica la fuente correspondiente.



Miguel Sáenz con su perrita Laia.

El impulso traductor es una forma de perversión... pero en el mejor de los casos, un impulso glorioso, la locura más necesaria que tenemos. Se debería poner el nombre de traductores a parques, calles y barcos de vela.

JOHN WRAY (trad. M. Sáenz)

Toda la humanidad es de un solo autor y es un solo volumen: cuando un hombre muere no se arranca un capítulo del libro, sino que se traduce a un lenguaje mejor; y todos los capítulos serán así traducidos...

JOHN DONNE (trad. M. Sáenz)

PERFIL DE MIGUEL SÁENZ



Miguel Sáenz con su padre, en 1969.

Infancia y adolescencia

[Luis Gago, 2019]

[...] el libro que has publicado hace muy poco [en 2017] es este Territorio [que se muestra en pantalla], en el que, al igual que Thomas Bernhard contaba su infancia salzburguesa, tú cuentas tu infancia africana, porque creciste en lo que se llamaba Ifni, el «Territorio». Este libro de creación propia acaba, por cierto, con lo que tú llamas un «Anexo, quizá innecesario», en el que acudes a buscar la tumba de tu padre.

¿Por qué escribiste Territorio, Miguel?

Pues porque siempre lo quise escribir. Quería escribir una novela. Luego, cuando empecé a escribir, me di cuenta de

que aquello no era una novela, sino que era mi vida en un noventa y cinco por ciento. De manera que era absurdo. Y lo terminé y me quedé muy tranquilo, porque realmente yo creo que me liberó de muchas cosas y me trajo muchos recuerdos muy agradables. Por cierto, quiero decir que en Larache, donde yo nací, está enterrado ahora no solamente Jean Genet, sino también Juan Goytisolo. Poco a poco, mi pueblo natal se va convirtiendo en un cementerio literario.

[Alejandro Luque, 2019]

Se ha escrito mucho desde la memoria de la infancia africana por parte de militares e hijos de militares. Casi siempre con un recuerdo feliz, como de un paraíso. ¿Para usted lo fue?

Pues sí, la gente puede tener una infancia horrorosa o paradisíaca, y la mía debo decir que fue muy agradable. Nací en Larache, pero estuve diez días solo, el tiempo que tardó mi madre en salir del hospital. Allí nació gente ilustre, empezando por Martín Santos, Cazorla... Mi padre era militar, estuvo destinado en varios sitios, y yo los que recuerdo son Tetuán, Tánger, que me gustaba mucho, donde iba a los marianistas y que me marcó como a todo el mundo, y luego Ifni,

donde estuvimos once años. Mi padre era administrador del territorio, era teniente coronel, no sé si luego ascendió allí a coronel... Mi infancia fue un patronato de enseñanza media que había, que dependía de un instituto de Las Palmas, y los catedráticos venían en julio a examinarnos.

Ifni era una especie de isla canaria incrustada en el continente africano: no era ya Marruecos, porque estaba bastante al sur del Atlas, pero tampoco el Sáhara. Cuando escribí este libro de memorias, me hablaban del desierto, pero la única arena que vi yo en esos años era la de la playa. Era un territorio sumamente árido, pero de una belleza extraña, nada que ver con el desierto clásico de camellos y dunas.

Yo eso lo viví en Tánger. La tolerancia entre las tres religiones básicas —cristianismo, judaísmo e islam— era modelica. Vivíamos en una calle en la que teníamos debajo a una familia judía y teníamos una relación estupenda; cada vez que había una fiesta nos mandaban comidas típicas. En la calle yo jugaba con los morillos, y en el colegio marianista con mis compañeros. En Ifni faltaron los judíos, solo había una o dos familias, pero había coexistencia con la población bereber, que hablaba en chelja, lo que ahora se llama amazig. Mi padre, que hablaba árabe muy bien, árabe vulgar, para [su trabajo] tenía un intérprete.

Ten en cuenta de que mi padre era lo que se llama hoy, con cierta carga despectiva, un africanista. Era muy experto

en el asunto, conocía muy bien a la población indígena. Hablaba muy bien árabe, porque llegó a África cuando era niño, y en varios lugares, durante mucho tiempo, la única persona con la que hablar era su asistente local. No tuvo más remedio.

¿Usted aprendió también?

Ese es uno de los mayores fracasos de mi vida.

Yo no aprendí árabe porque en realidad mi familia no le dio importancia. El francés que aprendí en las calles de Tánger se me quedó para toda la vida, luego estudié inglés porque quería ser diplomático... Pero del árabe yo conozco el árabe vulgar, sé decir «por favor», «pásame el balón», ¡los insultos! Cuando vuelvo, me viene todo. Pero nosotros vivimos en un territorio donde había más gente que hablaba español que el árabe oficial. Y luego he querido remediarlo estudiando árabe, estuve cuatro años en la Escuela de Idiomas, en el Instituto de Estudios Islámicos... Soy un coleccionista de métodos de árabe, puedo escribir un poco todavía. Pero mi árabe es una vergüenza. Puedo reconocer las letras, pero a pesar de ser la lengua que más he estudiado en mi vida, es de la que menos sé. [...]

He leído que cuando descubrió la obra de Frantz Fanon, le impactó enormemente. ¿Pensó que le acusaba de algún modo de colonialista?

No, [la mía] es una oposición al colonialismo en general. ¿Por qué en un momento dado Francia y España se reparten Marruecos? Era un protectorado, lo que venía a ser una forma paternalista de encubrir la postura colonialista. Tutear a un musulmán era automático. Eso ya te colocaba en una posición de superioridad, sin necesidad de implicar ningún prejuicio racial. Con el tiempo, aprendí que cualquier colonialismo es malo. Incluso creo que la labor de España fue en parte muy buena, más tarde se fastidió todo y del Sáhara no quiero ni hablar, fue un cúmulo de errores y de abandonos por parte de España. Pero como no es un tema que domine en profundidad, prefiero dejarlo ahí.

Para muchos españoles ha quedado como una especie de autorreproche histórico, ¿no?

Es verdad. La actuación de España, incluso en la guerra de Ifni, no fue muy brillante. Tras los dos primeros años de guerra, España aguantó hasta que la independencia de Marruecos llevó consigo el olvido de los tratados. Pero España no

lo ocupó como potencia colonizadora, sino como un terreno para construir entre otras cosas una estructura pesquera, allí donde el mar era peligrosísimo.

[César Muñoz, 2018]

¿Cómo llegó su padre a trabajar en Ifni?

En aquella época debía de ser comandante o teniente coronel, y su amigo, el coronel José Bermejo, recibió el nombramiento de gobernador político-militar de Ifni y Sáhara. Bermejo le designó administrador del Territorio de Ifni y jefe de la policía, un cargo que no tenía mando de tropas. Los miembros de la policía indígena eran árabes, salvo sus oficiales, que eran españoles. Era un cuerpo parecido a los que salen en los cuentos de Kipling que hablan de la India. Como segunda autoridad de Ifni, mi padre tenía responsabilidades diversas, como la de notario o la jefatura local de Correos. Además, África le gustaba, pues desde que salió de la Academia de Infantería de Toledo había pasado su vida en Tánger, Tetuán, Larache o Beni Hassán.

Por momentos, Ifni parece en la novela un territorio autosuficiente dejado de la mano de Dios, lejano a España no solo en lo geográfico, sino en las vicisitudes políticas.

La colonia, que se creó bajo mando militar, funcionaba como una exótica ciudad de provincias española. En gran parte, sus habitantes eran oficiales, soldados o reclutas que cumplían el servicio militar obligatorio. El cuerpo de tiradores, que incluso estuvo en la Guerra Civil, no tenía nada que ver con la policía indígena que dirigía mi padre. Con ellos convivía una población civil —compuesta por médicos, funcionarios bancarios y de Iberia, obreros, agricultores, panaderos y reposteros— que procedía en gran parte de Canarias. La influencia de este archipiélago sobresalía en cuestiones como el habla, la música y la danza, lo que daba a Ifni un parecido, por ejemplo, a Fuerteventura.

¿No le tentó a usted el camino castrense?

No tuve la vocación que, por ejemplo, sí tuvo mi hermano. Yo no sabía qué hacer. Mi profesor de Dibujo me pinchaba para que estudiase Arquitectura, que solo podía hacerse en Madrid y Barcelona. Al final decidí estudiar Derecho por las posibilidades que ofrecía. Asistí dos años a la Universidad de

La Laguna en Tenerife. En el primero me examiné por libre, y en el segundo me fui a vivir a Santa Cruz. Guardo buen recuerdo de esa insólita universidad, poblada de funcionarios que recibían allí su primer destino y expatriados políticos. Los tres últimos años estudié en la Complutense, en Madrid.

Los cárabos eran unas rudimentarias embarcaciones que utilizaban los ifneños. ¿Qué capacidad tenían?

La tripulación de un cárabo era de diez miembros, pero eran bastante grandes. Cuando se llenaba alcanzaba la veintena larga de ocupantes. En Ifni no había puerto y para montar en un cárabo había que atravesar veinte metros de mar desde la costa y subir a hombros de alguien que te subiese. Luego se remaba hasta un barco que pasaba grandes temporadas frente a la playa y que hacía el recorrido hasta Las Palmas o Tenerife. Otro medio de transporte era el aéreo: los aviones Junkers Ju 52, fabricados por los alemanes en chapa ondulada, y que hacían el trayecto a Las Palmas, a veces directo y a veces por Cabo Juby, más al sur del protectorado. Desde Las Palmas viajaba en avión o barco a Tenerife.

¿Los conocidos de aquel tiempo desaparecieron cuando usted se marchó?

Mi relación con Ifni terminó cuando ingresé en la universidad. Antes de irme definitivamente en 1953, cuando lo hizo mi padre, yo pasaba casi todo el curso en Madrid. Estudié tres años en la Complutense mientras vivía en un colegio mayor, el Jiménez de Cisneros. Esos recintos eran una opción para los estudiantes; la otra eran las pensiones, donde cada uno se metía donde podía. Los colegios estaban próximos entre sí —el Antonio de Nebrija, el Santa María de Europa— y tenían una movilización cultural. Organizaban actividades como conciertos y sesiones de cine. Allí conocí a José Ángel Valente, Emilio Lledó o Alfonso Costafreda. Y como se hacía autostop, también me gustaba viajar al menos un mes cada verano a Francia, Alemania, Italia o Suecia. Me alojaba en albergues juveniles, que supongo seguirá habiendo. Con todo esto, acababa regresando a Ifni solo en verano y Navidades.

[Juan Cruz, 2017]

Los militares que yo he conocido han sido todos muy distintos al militar típico. No creo que mi padre fuera una